

Croxatto, el Científico y la Persona

Marta Cruz-Coke

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Para esta institución, que custodia el patrimonio cultural de Chile, es un muy alto honor rendir hoy un homenaje a alguien que es un patrimonio vivo de la nación.

Tengo en estos momentos el privilegio de ser a la vez la directora de esta institución y de formar parte, así lo espero, de la gran familia espiritual de Héctor Croxatto.

¿Cómo hablar de esta persona, imagen querida, respetada y familiar?

De alguna manera, es casi como hablar de mi propio padre, a quien tanto me recuerda.

La dimensión científica de Héctor Croxatto es ampliamente conocida y valorada y otros pueden hablar de ella con más propiedad que yo.

Su dimensión literaria y humanista ha quedado plasmada en numerosas obras que cubren un amplio espectro del saber y del conocimiento humanos. En efecto, sus escritos, obras, conferencias, cubren temas muy diversos, que, no obstante, tienen en su centro a la ciencia y su quehacer. Se preocupa así de la investigación científica, de la enseñanza de la ciencia, de su función, de la estagnación del potencial científico tecnológico, de la formación del científico, de las relaciones de la ciencia y del humanismo, y de la ciencia con la universidad, del rol de la ciencia en el desarrollo, y, naturalmente, de diversos aspectos de la ciencia de la fisiología. Tiene asimismo un hermoso escrito sobre su experiencia de Jesucristo, con motivo del XI Congreso Eucarístico.

Este amplio espectro que acabamos de nombrar brevemente nos dice que este científico es, ante todo, un humanista. Y un humanista es siempre alguien que posee una especial dimensión personal humana.

El eminente hombre público que es Héctor Croxatto se explica así por las virtudes del hombre privado.

Intentaré dar aquí un testimonio de estas virtudes que he conocido muy de cerca, porque Héctor Croxatto ha formado siempre parte del horizonte y de los valores que han guiado mi vida.

En este recuerdo está Viola, su esposa, compañera digna de tan hermosa vida. Y que hoy asociamos a este homenaje.

Mi primer recuerdo de Héctor Croxatto se remonta a mi infancia. Estaba allí, en aquellas reuniones de trabajo, discusión y estudio que tenían lugar en la biblioteca de nuestra casa los sábados por la tarde. Entonces, todo un grupo de jóvenes médicos, con mi padre en medio de ellos, intercambiaban ideas, teorías, avanzaban proyectos, discutían de los últimos adelantos científicos y también del caminar del mundo.

Para este grupo la medicina, cuyo objeto es "curar a los enfermos", está, por su esencia misma, en estrecha comunión con todo lo que ocurre en el universo. La medicina es la ciencia propia del hombre en lo que tiene de más vulnerable, perecedero y frágil, que son sus huesos, su sangre, sus humores, sus ansiedades... Todavía no se ha escrito una historia de las guerras y de las conquistas explicadas por la medicina. Porque no hay dudas que la juventud de Alejandro y su buena salud explican buena parte de su impulso conquistador.

Eran aquellos, años de grandes descubrimientos científicos y médicos. Lo que la medicina y la ciencia iban descubriendo no eran meros avances tecnológicos, tenían que ver con la estructura misma del ser humano y del universo.

La ciencia era algo válido de por sí. Tenía en ella su propia finalidad. La investigación, en esos años, era gratuita. Carecía, por así decirlo, de utilidad práctica inmediata. Se trataba, simplemente, de una búsqueda del saber. La utilidad venía por añadidura. Y este saber, para estos médicos, estaba por completo al servicio de la persona.

El grupo era tan armonioso, tan elevado el nivel de la discusión, tan respetuoso de la opinión ajena, que yo, con mis cortos años, lo consideraba un espectáculo digno de verse, por el mero placer de mirar a esos hombres grandes, intentando, con la inconsciente audacia de los niños, develar los misterios del cuerpo humano, y ahondar en conocimiento del universo. Y recuerdo que me escondía detrás de un gran

sillón en la sala adyacente a la biblioteca y me quedaba ahí, extasiada, oyendo y, como en la seguidilla de San Juan de la Cruz, "sin entender, entendiendo". Y "¿quédeme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo".

Recuerdo la molécula del benceno, el hexágono que alguno dibujaba en un pequeño pizarrón, y, más tarde, contada por mi padre, la increíble historia de su descubrimiento.

Pasados los años he llegado a comprender el milagro que fue aquel grupo, por su honestidad, su desinterés, su capacidad de búsqueda y de asombro, su ausencia de vanidades. Más tarde, recordándolo, lo he asociado a la palabra bíblica. Aquellos médicos eran ajenos a la "fascinación de la bagatela". Estaban atentos sólo a sus exigencias interiores.

De aquel grupo salió el conjunto de médicos entre los más preclaros de la medicina chilena. Profesores, investigadores que formaron a varias generaciones de médicos y llevaron más allá de las fronteras el nombre de la medicina chilena.

En aquel grupo la práctica de la medicina, el trabajo del hospital no se separaba de la investigación. El pensamiento estaba en la acción médica y esta acción fue consubstancial a la reflexión investigadora.

La medicina era una vocación. Con todo lo que la palabra incluye de opción de vida. De opción de servicio. De opción, también, de vivencia de utopía redentora que dé sentido y marco a la vida.

Todo aquello, todo lo que ese grupo fue, todas las promesas que estaban implícitas en él, han sido cumplidas por Héctor Croxatto.

Su vida, ajena a la búsqueda de éxitos -plural-ha sido, por eso mismo, un éxito -singular-. El éxito del que, tal vez sin ni siquiera proponérselo, sólo se esfuerza por realizar un sueño incorruptible.

¿Cómo no mencionar su coherencia y su honestidad? Coherencia de vida, de pensamiento, de acción. Coherencia entre su vida privada y su vida pública.

Coherencia en su entrega total a la búsqueda de un saber que pudiera aliviar la condición humana. Nunca ha hecho las cosas a medias. La ciencia y la medicina, según él las concibe, exigen el don total de la persona. Y así las ha vivido.

Coherencia en su pasión por la ciencia pura, en su osadía en las empresas del espíritu, honestidad en su prudencia en los juicios, en su respeto por las ideas de los demás.

Honestidad, claridad y rigor de su inteligencia, siempre atenta y vigilante, pronta para coger al vuelo

la punta del hilo de la investigación precisa, siempre abierta a los temas de su tiempo.

Apertura entonces, de su pensamiento siempre dialogante, consigo mismo, con Dios, con el mundo, con el otro. Un pensamiento que, como dice Lacroix, no se confunde con sus resultados, sino que está permanentemente interrogándose para coincidir con esta interrogación. Y es por lo tanto, siempre contemporáneo de sí mismo. Siempre fecundo.

Coherencia en su compromiso con los derechos humanos y su coraje para asumir la solidaridad necesaria, que demostró, con sencillez, cuando se trató, en los comienzos del gobierno militar, de apadrinar, para proteger, una institución que se creaba, protección para la infancia dañada por los estados de emergencia. Él pide. Buscábamos un nombre importante que sirviera de respaldo y de garantía para esta conflictiva asociación que intentaba cuidar a los niños de los detenidos desaparecidos. Llamamos a varias puertas, sin éxito. Y luego pensamos en este científico de renombre, y lo fuimos a ver. No vaciló. En donde los demás se habían evadido, bajo mil pretextos, sin osar siquiera dar un no claro, este hombre sencillo, nos dijo de inmediato que sí. Pero fue más allá. Nosotros pedíamos una firma. Él habló en el día de la inauguración.

No puedo, para terminar este esbozo de semblanza, dejar de mencionar su modestia personal, unida siempre a su particular dulzura, a su gentileza, a su exquisita cortesía.

Mucho le debe la ciencia médica a Héctor Croxatto. Pero los frutos de su inteligencia son menos importantes que los frutos de su persona, y por eso, mucho más le debe la sociedad por la imagen que proyecta.

Chile necesita reencontrar una identidad que le permita ser frente a sí mismo y frente al mundo. Se ha dicho que Chile necesita exportar no sólo productos, sino identidad: no manzanas, sino manzanas chilenas. Porque así, en definitiva, esas manzanas se venderán mejor.

La identidad se forma en torno a imágenes capaces de condensar lo más propio de una nación, de expresar sus cualidades potenciales, y, por lo tanto, de ser capaces de focalizar las energías dispersas dirigiéndolas hacia un objetivo común que encarne la imagen que de sí misma la nación tiene en el porvenir.

Chile necesita, por lo tanto, de imágenes inspiradoras. Héctor Croxatto puede ser una de estas

imágenes. Porque Chile tuvo una vocación científica. Porque somos un país pequeño, nunca seremos una gran potencia. Pero sí podremos estar en las avanzadas de la búsqueda científica. Que no requiere tanto de grandes laboratorios, pero sí de mentes audaces y creativas capaces de interpretar los signos, las coordenadas que nos presentan el universo y el cuerpo y el espíritu humanos. Y de traducirlas en propuestas científicas y válidas.

Nuestra juventud, nuestra sociedad toda, necesitan conocer y saber de hombres como Héctor Croxatto. Necesitan nutrirse de esas virtudes, de este ejemplo.

Siento que, en alguna parte, desde alguna parte, mi padre me agradece esto que estoy haciendo con un muy amado amigo suyo, y que está siguiendo, prodigiosamente interesado y satisfecho, el desarrollo de esta ceremonia.